

LECTIO DIVINA

24 de agosto 2025

XXI DOMINGO ORDINARIO**Oremos por las vocaciones sacerdotales, especialmente para los Scalabrinianos.****Recen por el P. Carmelo: el 25 de agosto cumple 37 años de ordenación sacerdotal****(1988-2025)****Is 66,18-21****Sal 116****Heb 12, 5-7.11-13****Lc 13, 22-30**

¿Cómo vivimos, en nuestra vida diaria, la decisión que tomamos al ser bautizados? ¿Nos han dominado la monotonía, el cansancio y la complacencia, y caminamos sin entusiasmo, sin alegría y sin pasión? La Palabra de Dios que se nos ofrece hoy nos invita a despertar, a escuchar de nuevo su llamada, a redescubrir la misión profética a la que estamos llamados, a retomar nuestro camino siguiendo a Jesús, a reafirmar nuestro compromiso con la construcción del Reino de Dios.

La **primera lectura** nos narra los sufrimientos que el profeta Jeremías tuvo que afrontar por su fidelidad a la misión que Dios le confió. Hombre sensible y bueno, impredecible para la confrontación y la hostilidad, Jeremías tuvo que denunciar, derribar falsas esperanzas, sembrar la alarma social, para que la Palabra de Dios llegara al corazón de sus contemporáneos. Odiado por todos, castigado por los líderes, Jeremías cumplió, sin embargo, su misión. No estaba solo: Dios lo acompañó, lo confortó y lo salvó. Dios nunca abandona a sus profetas.

En el **Evangelio**, Jesús describe a sus discípulos la misión que recibió del Padre: «*He venido a traer fuego a la tierra*». Apasionado por Dios y el Reino, Jesús quiso contagiar al mundo y a la humanidad con su pasión. Trajo nueva esperanza a los pobres, los enfermos, los marginados y los condenados; luchó y venció el egoísmo, la violencia, la injusticia, el pecado y la muerte. Quería que sus discípulos abrazaran este mismo proyecto y, inflamados por el fuego del Espíritu, fueran testigos del Evangelio en todo el mundo. Hoy, es a través de las acciones de estos discípulos que el «fuego» de Dios continúa calentando y purificando el mundo.

En la **segunda lectura**, un «maestro» cristiano de la segunda mitad del siglo I, dirigiéndose a cristianos asustados, complacientes y desmotivados, los invita a reavivar su fe y entusiasmo. La vida cristiana es como una carrera hacia una meta donde Cristo nos espera. Quien quiera ganar debe comprometerse seriamente en la carrera, manteniendo la mirada puesta en Cristo, sin dejarse distraer ni retrasar por los accidentes del camino.

Isaías 66, 18-21*Esto dice el Señor:**"Yo vendré para reunir a las naciones de toda lengua.**Vendrán y verán mi gloria.**Pondré en medio de ellos un signo, y enviaré como mensajeros a algunos de los supervivientes hasta los países más lejanos y las islas más remotas, que no han oído hablar de mí ni han visto mi gloria, y ellos darán a conocer mi nombre a las naciones.**Así como los hijos de Israel traen ofrendas al templo del Señor en vasijas limpias, así también mis mensajeros traerán, de todos los países, como ofrenda al Señor, a los hermanos de ustedes a caballo, en carro, en literas, en mulos y camellos, hasta mi monte santo de Jerusalén.**De entre ellos escogeré sacerdotes y levitas". Palabra de Dios*

CONTEXTO

En los capítulos 56 a 66 del Libro de Isaías (el "*Trito-Isaías*"), encontramos una colección de textos, probablemente de diferentes autores, escritos en Jerusalén en el período postexílico (quizás a finales del siglo VI y principios del siglo V a. C.). El texto pertenece a esta colección.

Dentro de las fronteras del antiguo reino de Judá, tenemos, en este momento, una comunidad heterodoxa, compuesta por judíos que regresaron del exilio babilónico, judíos que no fueron a Babilonia porque lograron permanecer en Judá incluso después de la catástrofe del 586 a. C., extranjeros que se establecieron en Jerusalén durante el exilio y otros que, tras el regreso de los exiliados, vinieron a ofrecer su trabajo para la reconstrucción de Jerusalén. La fuerte presencia de extranjeros dentro de las fronteras de Judá plantea varias preguntas. ¿Cómo debería la comunidad judía considerarlos? ¿Debería acogerlos e integrarlos, o debería evitar todo contacto con ellos? Las respuestas a estas preguntas no son fáciles, ya que la comunidad que regresó del exilio, amenazada por enemigos internos (los que permanecieron en el país y no comprendían el fervor religioso de los retornados) y externos (especialmente los samaritanos), tiende a desconfiar y a retirarse. Esdras y Nehemías, los grandes líderes judíos de este período, comprometidos con evitar influencias negativas en la santidad del Pueblo de Dios, favorecieron una política xenófoba, llegando incluso a prohibir los matrimonios mixtos (cf. Esdras 9-10; Nehemías 13:23-27).

Entre los diversos temas que abordan los textos del Libro de Isaías se encuentra también el problema de los extranjeros. Al ser una colección de textos de diversos autores y predicadores, es natural que contenga puntos de vista contradictorios sobre este tema: junto a los llamados a la aniquilación de las naciones que se obstinan en perseguir el mal (cf. Isaías 63,3-6; 64,1; 66,15-16), se propone la admisión e integración de extranjeros en el Pueblo de Dios. En general, a pesar de todo, predomina una perspectiva universalista. De hecho, es en esta perspectiva abierta y tolerante hacia otros pueblos en la que nos sitúa la primera lectura de este vigésimo primer domingo del Tiempo Ordinario.

MENSAJE

El profeta contempla una imagen futura de naturaleza escatológica. Esta imagen nos transporta al momento en que Dios viene a iniciar el proceso de reunir a las naciones (v. 18). La «gloria de Dios» ilumina toda la escena.

Desde Jerusalén, Dios enviará a sus mensajeros. Ellos irán a Tarsis (sur de España, figura que se usa para referirse a los «confines de la tierra»), a Fut y Luc (la costa africana del Mar Rojo, desde Sudán hasta Somalia), a Tubal (sur del Mar Negro) y a Java (las Islas Jónicas y Grecia). Los misioneros enviados por Dios tendrán la misión de proclamar la gloria de Dios a todas las naciones (v. 19). La comunidad del Pueblo de Dios es verdaderamente una comunidad «misionera».

Las naciones que reciban este anuncio responderán a la señal del Señor y se dirigirán al monte santo de Jerusalén. En la teología judía, Jerusalén es el «ombligo» del mundo, el lugar donde todo converge, el lugar donde Dios reside entre su pueblo y donde irrumpe la salvación definitiva. Quienes lleguen no vendrán armados, como conquistadores ambiciosos y violentos; sino que vendrán al encuentro del Señor y traerán consigo, como si fueran una ofrenda a Dios, a los habitantes de Judá que estaban dispersos entre las naciones (v. 20). Finalmente, el Señor elegirá entre los que lleguen (entre los judíos que regresan de la diáspora y entre los paganos que han escuchado la invitación del Señor a unirse a la comunidad de salvación) sacerdotes y levitas para servirle (v. 21).

Esta es una imagen "imposible", con connotaciones universalistas hasta límites impensables. En la Jerusalén postexílica, habitada por una población desconfiada de los extranjeros, el profeta que escribió la visión anuncia que todos los pueblos serán convocados por Dios para unirse a su pueblo; y estos extranjeros aceptarán la invitación y acudirán, felices y agradecidos, al encuentro con Dios en su monte santo. Sin embargo, la afirmación más audaz la realiza la indicación de que Dios elegirá, entre los paganos, sacerdotes y levitas para entrar en el espacio sagrado del Templo y realizar funciones de culto. Recordemos que, en la concepción tradicional de la religión israelita, cualquier pagano que entrara en el

espacio sagrado del Templo era castigado con la muerte. El profeta que describe esta visión propone a los habitantes de Judá una impresionante revolución de mentalidad.

La salvación que Dios ofrece tiene alcance universal. No se limita a un pueblo, una casta o una élite; sino que está destinada a «todos, todos, todos». Nadie quedará fuera de la misericordia de Dios. Jesús vendrá a hacer realidad esta extraordinaria visión. De Él nacerá un pueblo sacerdotal, compuesto por personas de todas las razas, colores e idiomas.

ACTUALIZACION

*Desde sus inicios en la historia, la comunidad nacida de Jesús siempre se ha considerado una comunidad universal de salvación, abierta a hombres y mujeres de todas las razas, naciones y culturas. Pablo de Tarso lo diría de forma muy clara y evocadora: *«Todos los que han sido bautizados en Cristo, se han revestido de Cristo mediante la fe. Ya no hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni mujer, porque todos sois uno en Cristo Jesús»*. En el nuevo Pueblo de Dios, lo decisivo es la adhesión a Jesús y el compromiso con el plan de salvación que Dios ofrece en Jesús. En general, nos resulta fácil aceptar que la salvación de Dios está destinada a todos, sin excepción; sin embargo, es más difícil considerar iguales a todos aquellos con quienes compartimos el camino cristiano y a quienes consideramos «diferentes». ¿Son nuestras comunidades cristianas, de hecho, comunidades fraternas, donde todos son igualmente acogidos, independientemente de su raza, género, posición social, preparación intelectual o situación económica? ¿Cómo tratamos, en nuestras comunidades cristianas, a quienes tienen experiencias religiosas y formas de vivir la fe diferente a las nuestras, a quienes viven con heridas que consideramos reprensibles?

*El autor del texto propuesto para nuestra primera lectura anuncia el envío de "misioneros" por parte de Dios que llevarán la luz de Dios a quienes viven en los confines de la tierra. Será el anuncio de estos "enviados" el que llevará a personas de todas las razas a Jerusalén para unirse al Pueblo de Dios, para servir al Señor, para experimentar la salvación que Dios ofrece. La comunidad del Pueblo de Dios es, esencialmente, una comunidad misionera, llamada a dar testimonio entre la humanidad de la propuesta de salvación de Dios. ¿Somos conscientes de ello? ¿En qué medida nos sentimos "misioneros" de Dios, testigos y heraldos de su salvación? ¿Está la "misión" en el horizonte de nuestras vidas?

*Hablar de la universalidad de la salvación es hablar de un Dios que ve a cada ser humano como un hijo amado. Se preocupa por todos y ama a todos, sin discriminar a nadie. Él insiste en sentar a todos sus hijos a su mesa, incluso a aquellos que lo ignoran o que están resueltamente en su contra. Es extraño y decepcionante que los seres humanos aún no hayamos asimilado la lógica de Dios. A veces defendemos tenazmente nuestro propio bienestar, nuestras seguridades, y nos negamos a compartir con nuestros hermanos y hermanas los bienes que Dios ha ofrecido para todos; a veces nos negamos a acoger a quienes llaman a nuestra puerta, buscando mejores condiciones de vida; a veces tratamos a nuestros hermanos y hermanas como si no tuvieran la misma dignidad y derechos que nosotros; a veces privilegiamos nuestra propia comodidad sobre la justicia y la fraternidad; a veces tildamos a ciertos grupos, individuos y comunidades de enemigos, simplemente para defender nuestros propios intereses o nuestras vidas cómodas. ¿Son el racismo, la xenofobia, la discriminación contra individuos o grupos, la indiferencia ante el destino de los inmigrantes, compatibles con pertenecer a la familia de Dios?

Salmo 116

R. Vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio.

Que alaben al Señor todas las naciones,
que lo aclamen todos los pueblos.

R. Vayan por todo el mundo y prediquen el

Evangelio.

Porque grande es su amor hacia nosotros
y su fidelidad dura por siempre.

R. Vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio.

Hebreos 12, 5-7. 11-13

Hermanos: Ya se han olvidado ustedes de la exhortación que Dios les dirigió, como a hijos, diciendo: Hijo mío, no desprecies la corrección del Señor, ni te desanimes cuando te reprenda. Porque el

Señor corrige a los que ama, y da azotes a sus hijos predilectos. Soporten, pues, la corrección, porque Dios los trata como a hijos; ¿y qué padre hay que no corrija a sus hijos?

Es cierto que de momento ninguna corrección nos causa alegría, sino más bien tristeza. Pero después produce, en los que la recibieron, frutos de paz y de santidad.

*Por eso, robustezcan sus manos cansadas y sus rodillas vacilantes; caminen por un camino plano, para que el cojo ya no se tropiece, sino más bien se alivie. **Palabra de Dios.***

CONTEXTO

La llamada "Carta a los Hebreos" parece ser más una homilía destinada a la proclamación oral que una carta en sí misma. Su tono es solemne, expositivo, doctrinal, repleto de erudición y referencias teológicas.

La tradición oriental atribuyó el texto a San Pablo. Sin embargo, pronto surgieron argumentos contra la autenticidad paulina de la Carta a los Hebreos. Las diferencias de lenguaje, estilo e incluso ideas en comparación con otros textos auténticamente paulinos llevaron a los biblistas a descartar la posibilidad de que San Pablo fuera su autor. Se acepta, sin embargo, que este autor fue alguien emparentado con San Pablo, quizás un discípulo del apóstol. La Carta a los Hebreos probablemente fue escrita algunos años antes del año 70, cuando el Templo de Jerusalén aún no había sido destruido por las tropas romanas.

No ha sido posible determinar los destinatarios específicos de esta reflexión. Para algunos, la designación "a los Hebreos" podría indicar que sus destinatarios eran judíos convertidos al cristianismo; sin embargo, para otros, esta indicación —que apareció tardíamente— no es decisiva. Es cierto que el autor menciona con frecuencia hechos, cifras y tipologías del Antiguo Testamento; pero esto no nos autoriza a concluir que los destinatarios de la Carta provenían exclusivamente del mundo judío, ya que, para el año 70, el Antiguo Testamento ya era una referencia fundamental para todas las comunidades cristianas, tanto las originarias del mundo judío como las del mundo grecorromano. En cualquier caso, lo que parece claro es que los destinatarios de la Carta a los Hebreos son cristianos que viven en una situación difícil, en un entorno hostil a la fe cristiana; han perdido su entusiasmo inicial y se han asentado en una fe rutinaria, tibia y poco exigente. El autor busca fortalecerlos en la experiencia del compromiso cristiano y ayudarlos a crecer en la fe.

La figura de Cristo es central en la «Carta a los Hebreos». Presentado como sumo sacerdote, es el mediador entre Dios y la humanidad. Su ofrenda sacrificial en la cruz sustituye todos los sacrificios del antiguo culto judío, establece una nueva alianza entre Dios y la humanidad e inaugura una nueva forma de culto. Mediante el sacerdocio de Cristo, los creyentes son incluidos en el Pueblo sacerdotal que es la comunidad cristiana.

El texto que la liturgia propone como segunda lectura forma parte de la carta donde el autor hace un vehemente llamado a la constancia y la perseverancia en la fe (cf. Hb 12,1-13). Jesús, «*el iniciador y consumidor de nuestra fe*», quien «*renunció al gozo que se le ofrecía y sufrió la cruz, para luego sentarse a la diestra del trono de Dios*» (Hb 12,2), es el modelo que los cristianos deben tener siempre presente.

MENSAJE

El cristiano no puede conformarse ni dejarse amedrentar por las dificultades. Superando cada obstáculo que encuentra en el camino, corre hacia la meta, como un atleta decidido a alcanzar la victoria. Cristo es su modelo: enfrentó todos los obstáculos, sufrió el tormento de la cruz, pero lo superó todo y se sentó a la diestra de Dios. El ejemplo de Cristo debe inspirar y animar a todos los que afrontan las dificultades que trae la carrera de la vida (cf. Hebreos 12,1-4).

Al llegar a este punto, el autor de la Carta a los Hebreos se detiene en la cuestión del sufrimiento: es una realidad que los destinatarios de la Carta, que se enfrentaron a la hostilidad del mundo a cada paso, conocían bien. Es cierto —considera— que el sufrimiento y las dificultades obstaculizan el camino. Pero ¿son simplemente algo absurdamente negativo y sin sentido? ¿Nos los envía Dios como castigo por nuestras faltas? ¿Constituyen obstáculos insuperables que nos justifican a la hora de renunciar a la lucha por la victoria? Usando una sabia máxima («*Hijo mío, no desprecies la disciplina del Señor ni te enojas cuando*

te reprenda, porque el Señor disciplina a los que ama, como un padre a su hijo querido” – Prov. 3:11-12), el autor de la Carta invita a los creyentes a ver el sufrimiento no como “castigos” de un Dios vengativo y justo, sino como “correcciones” de Dios, actos pedagógicos de un Padre que ama a sus hijos y hará todo lo posible por ayudarlos a construir vidas plenas (v. 7).

Cierta mentalidad religiosa popular consideraba el sufrimiento como un castigo de Dios por el pecado humano (cf. Jn 9:1-3); pero para el autor de la Carta a los Hebreos, el sufrimiento no es un castigo, sino un remedio que Dios envía a sus hijos para corregirlos y hacerlos partícipes de su santidad. No nos gusta que nos corrijan (v. 11); pero si un padre corrige a su hijo, es porque quiere lo mejor para él. Por lo tanto, estas “correcciones” son un acto de amor. A través de ellas, Dios demuestra su cuidado paternal. Como signos del amor de Dios por nosotros, los sufrimientos son prueba de nuestra condición de “hijos de Dios”.

Además de ser signos del amor de Dios por nosotros, estas “pruebas” nos transforman, nos despiertan, nos sanan, nos llevan a cambiar nuestras vidas y nos hacen crecer. Mediante esta transformación, nos volvemos interiormente capaces de acercarnos a la santidad de Dios. Por lo tanto, cuando los sufrimientos llegan, deben considerarse parte del plan salvífico de Dios para nosotros, portadores de paz y salvación. En el fondo, debemos estar profundamente agradecidos a Dios por las “correcciones” que nos envía.

La conclusión se presenta en forma de exhortación (versículos 12-13). Citando Is 35:3 (*“fortalezcan las manos débiles, afirmen las rodillas que flaquean”*), el autor de la Carta a los Hebreos invita a los creyentes a confiar y a superar el miedo que desalienta y paraliza.

ACTUALIZACION

+A lo largo de los siglos, la cuestión del sufrimiento ha sido, para muchos hombres y mujeres, un obstáculo insuperable en su acercamiento a Dios: si Dios existe, ¿por qué permite que el sufrimiento marque la vida humana, incluyendo la de justos e inocentes? ¿Por qué tantas personas que eligen caminos de violencia y maldad parecen tan afortunadas y exitosas, mientras que otras, buenas y generosas, se ven afectadas por una cascada de males? Ni los teólogos ni los filósofos han logrado aún encontrar respuestas satisfactorias a estas preguntas. Lo más honesto es simplemente reconocer que es algo que trasciende nuestra escasa comprensión de los grandes misterios de la vida. La catequesis cristiana, sin explicar plenamente el significado del sufrimiento, nos invita a reconocer una realidad: aunque no sea algo bueno en sí mismo, el sufrimiento puede brindarnos la posibilidad de crecer, de madurar, de alcanzar una mayor comprensión del sentido de la existencia, de purificarnos de ciertas visiones mezquinas que solo superamos cuando nos sumergimos en el misterio del amor de Dios. ¿Cómo lidiamos con el sufrimiento? ¿Qué significado le damos?

+El catequista que escribió la Carta a los Hebreos cree que el sufrimiento puede ayudarnos a comprender la insignificancia de muchas de nuestras decisiones. Dios no quiere vernos sufrir. Nunca deja de mostrarnos los caminos que conducen a la vida verdadera. Pero a menudo ignoramos su guía y actuamos según nuestras perspectivas, intereses e ilusiones. El orgullo y la autosuficiencia nos engañan y nos llevan por caminos sin salida. Entonces, como consecuencia de nuestras decisiones irresponsables, descubrimos el sufrimiento. Al tocar fondo, finalmente nos damos cuenta de que hemos estado yendo por mal camino. En estos casos, el sufrimiento puede ayudarnos a reformular el sentido de nuestra existencia, a dar marcha atrás y a emprender caminos que nos lleven por el buen camino. El sufrimiento tiene aquí un significado pedagógico. ¿Lo hemos experimentado alguna vez?

+El catequista que nos ofreció la Carta a los Hebreos, a pesar de todo el sufrimiento y los reveses que marcan el camino del ser humano, cree en el amor de Dios. Dios solo quiere nuestro bien. Dios jamás hará nada que nos haga daño ni nos lastime; y cuando nuestra debilidad o enfermedad nos haga sufrir, Dios vendrá a nuestro encuentro y estará a nuestro lado. Además, Dios “escribe derecho en renglones torcidos” y encontrará la manera de sacar de algo malo (el sufrimiento) cosas que nos hagan bien. ¿Creemos en el amor de Dios, incluso cuando la vida nos hiere y nos obliga a experimentar dolor?

En aquel tiempo, Jesús iba enseñando por ciudades y pueblos, mientras se encaminaba a Jerusalén. Alguien le preguntó: "Señor, ¿es verdad que son pocos los que se salvan?"

Jesús le respondió: "Esfuércense en entrar por la puerta, que es angosta, pues yo les aseguro que muchos tratarán de entrar y no podrán. Cuando el dueño de la casa se levante de la mesa y cierre la puerta, ustedes se quedarán afuera y se pondrán a tocar la puerta, diciendo: '¡Señor, ábrenos!' Pero él les responderá: 'No sé quiénes son ustedes'.

Entonces le dirán con insistencia: 'Hemos comido y bebido contigo y tú has enseñado en nuestras plazas'. Pero él replicará: 'Yo les aseguro que no sé quiénes son ustedes. Apártense de mí todos ustedes los que hacen el mal'. Entonces llorarán ustedes y se desesperarán, cuando vean a Abraham, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios, y ustedes se vean echados fuera.

Vendrán muchos del oriente y del poniente, del norte y del sur, y participarán en el banquete del Reino de Dios. Pues los que ahora son los últimos, serán los primeros; y los que ahora son los primeros, serán los últimos". **Palabra del Señor.**

CONTEXTO

«Jesús fue a Jerusalén y enseñaba en las ciudades y aldeas que pasaba» (v. 22). Esta es la segunda mención directa que Lucas hace (la primera fue en Lc 9:51) de este «viaje» que lleva a Jesús de Galilea a Jerusalén para confrontar a las autoridades religiosas judías y presentarles el plan de salvación que Dios le había confiado. Los discípulos caminan detrás de Jesús. A cada paso del camino, Jesús se detiene para explicar el «mapa» del Reino de Dios. Aunque las lecciones de Jesús están dirigidas a todos, están principalmente dirigidas a los discípulos: deben asimilar la lógica del Reino para que, tras la muerte y resurrección de Jesús, puedan ser testigos del Evangelio en todo el mundo.

El texto que Lucas nos presenta (cf. Lucas 13:22-30) está compuesto por materiales de diferentes fuentes, agrupados aquí por razones de interés temático. Estos materiales serían inicialmente “dichos” de Jesús – pronunciados en diferentes contextos – sobre la entrada en el Reino de Dios (el evangelista Mateo presenta los mismos “dichos” en diferentes formas y contextos – cf. Lc 13,23-24 y Mt 7,13-14; Lc 13,25 y Mt 25,10-12; Lc 13,26-27 y Mt 7,22-23; Lc 13,28-29 y Mt 8,12; Lucas los utiliza para mostrar las diferencias entre la teología de los judíos y la de Jesús, respecto a la salvación.

MENSAJE

Esta nueva lección de Jesús camino a Jerusalén comienza con la pregunta de una persona anónima: «Señor, ¿son pocos los que se salvan?». Durante siglos, la cuestión de la salvación no se abordó en la catequesis de Israel. Se creía que, tras la muerte, todos descendían al «*seol*», el mundo de los muertos, y allí vivían en igualdad de condiciones, independientemente de su experiencia vital. En este mundo, no había recompensa para los buenos ni castigo para los malvados. La recompensa o el castigo se daban en la vida terrenal. Sin embargo, la experiencia demostraba que las cosas no eran tan lineales: en la vida terrenal, los injustos a menudo triunfaban, mientras que los justos vivían en el sufrimiento. ¿Era Dios injusto? En una etapa posterior de la reflexión de Israel, algunos grupos religiosos (como los fariseos y los esenios), para salvaguardar la justicia de Dios, comenzaron a hablar de una vida después de la muerte, donde los buenos recibirían la recompensa por su rectitud y vivirían felices. Los malvados, en cambio, no resucitarían: serían condenados a vivir en el mundo de las sombras.

En tiempos de Jesús, los círculos rabínicos debatían quiénes resucitarían tras la muerte y tendrían acceso a esa vida feliz reservada para los justos. Para los fariseos, la «salvación» era una realidad reservada al Pueblo Elegido; pero en algunos círculos apocalípticos prevalecía una visión más pesimista, enseñando que muy pocos estaban destinados a la felicidad eterna. Jesús, por su parte, habló de Dios como un Padre lleno de misericordia, cuya bondad lo llevaba a acoger a todos, especialmente a los pobres, los débiles y los pecadores. La pregunta del hombre «anónimo» que Jesús encontró en el camino a Jerusalén debe encajar en este contexto. ¿Quiénes son los que se salvan? ¿Serán muchos? ¿Serán pocos?

Jesús no responde directamente a la pregunta, pues no considera importante especular sobre este tipo de cuestiones. Para Él, más que hablar de cifras concretas sobre la "salvación", es importante definir

las condiciones para pertenecer al "Reino" y animar a los discípulos a decidirse por él. Ahora bien, para Jesús, entrar en el "Reino" significa, ante todo, esforzarse por "entrar por la puerta estrecha" (v.24). La imagen podría tomarse de la entrada a las ciudades, donde había dos puertas: una más ancha para los carruajes y otra más estrecha para los peatones. Lucas no explica qué significa "*entrar por la puerta estrecha*"; pero quizás la imagen pretende sugerir que, para entrar en el Reino, será necesario renunciar a todo lo que "engorda" al hombre —como el orgullo, la autosuficiencia, el egoísmo, la ambición, el afán de poder y dominio— y le impide vivir en una lógica de servicio, entrega, amor, compartir y el don de la vida. Quien quiera encontrar la verdadera vida debe hacer un esfuerzo personal en este sentido; nadie alcanzará la plenitud por el camino de la comodidad, los valores efímeros ni el compromiso exclusivo con la comodidad y el bienestar material.

Para explicar mejor la enseñanza sobre la entrada en el «Reino», Lucas utiliza una parábola de Jesús. En ella, el «Reino» se describe, según la tradición judía, como un «banquete» en el que los elegidos se sentarán a la mesa, junto a los patriarcas y profetas (vv. 25-28). En la «casa» donde se celebra este banquete, la puerta está cerrada. Quienes se han distraído con tareas fútiles, quienes demoraron al disfrutar de las cosas buenas de la vida, quienes han dudado continuamente hasta que pase el momento oportuno, llegarán tarde. Llamarán a la puerta, pero el dueño de la casa no se levantará a recibirlos. Convencidos de que su estatus les da acceso directo a la mesa del banquete, los que llegaron tarde pedirán: «*Ábrenos, Señor*», pero el dueño de la casa responderá: «*No sé de dónde eres*». Esta expresión se usaba entre los judíos para declarar la exclusión de alguien de la comunidad del Pueblo Elegido. Los excluidos insistirían ante el dueño de la casa, recordándole que comían y bebían con él y se sentaban en las plazas a escuchar sus lecciones; pero él se mantendría firme en su decisión: no los conocía, no les abriría la puerta, no los dejaría sentarse a la mesa.

¿Quiénes, entonces, participarán en el banquete del Reino de Dios? Muchos que vendrán «*de oriente y occidente, del norte y del sur*» (v.29). El criterio para poder sentarse a la mesa del Reino residiría en cómo aceptaron la propuesta de salvación de Jesús. En cuanto a quienes no aceptaron la propuesta de Jesús, quedarían fuera del banquete del «Reino», incluso si nacieron dentro de las fronteras étnicas, geográficas e institucionales del «Pueblo Elegido». Es evidente que Jesús se dirige a los judíos y sugiere que el hecho de pertenecer a Israel no garantiza la entrada al «Reino»; Pero la parábola se aplica igualmente a los «discípulos» que, en la vida real, no están dispuestos a desprenderse del orgullo, el egoísmo y la ambición para recorrer, con Jesús, el camino del amor y el don de la vida.

Las palabras que pone Lucas en la boca de Jesús son de las más duras del tercer Evangelio. ¿Esperábamos tanta severidad de Jesús? Las palabras que se le atribuyen aquí —conformes al estilo de los predicadores de la época— no son condenatorias, sino exhortativas: pretenden guiar a los discípulos, tanto de ayer como de hoy, a dejar atrás toda vacilación y elegir inequívocamente el Reino de Dios. No son un relato factual de lo que sucederá al final de los tiempos; son una invitación apasionada a abrazar y vivir radicalmente los valores del Reino.

ACTUALIZACION

+ ¿Cómo debemos vivir para que nuestras vidas no se desperdicien? Camino a Jerusalén, Jesús deja su respuesta: «*Esfuércense por entrar por la puerta estrecha*». Quizás esta frase, dicha así, sin explicación, nos parezca extraña y enigmática. Sin embargo, el Evangelio de Jesús, en su conjunto, la explica muy bien: «*Entrar por la puerta estrecha*» significa no vivir irresponsablemente, sin aferrarse a la vida y sin concesiones; significa rechazar la mediocridad, la complacencia y la alienación; significa no ceder a las facilidades, a la tentación del bienestar, a valores sin valor; significa no vivir centrados exclusivamente en los propios intereses, ajenos a los problemas del mundo y al destino de los hermanos; significa no conformarse con una vida vacía, a medias, sin dolor y sin metas elevadas; significa no confiar en las falsas seguridades nacidas del dinero o de una religión vacía y ritualista; significa hacerse pequeño, sencillo, humilde, siervo, capaz de amar hasta la entrega total... ¿Cómo construimos nuestras vidas? ¿Confundimos la felicidad con la comodidad? ¿Elegimos la puerta estrecha, que implica esfuerzo, renuncia, sacrificio, constancia, riesgo, lucha y compromiso, o buscamos la puerta ancha de la comodidad, la

superficialidad, el bienestar, la popularidad, el éxito fugaz, de todo aquello que no exige mucho pero que tampoco satisface nuestra hambre y sed de vida verdadera?

+La parábola del banquete, cuya puerta estaba cerrada, impidiendo la entrada a quienes llegaron tarde y a destiempo, no se refiere a la intransigencia de Dios hacia sus hijos, quienes a veces se equivocan al elegir sus prioridades; más bien, es un vehemente llamado a no dejarnos llevar por una vida fácil y cómoda, descuidando las oportunidades que se nos brindan para construir una vida plena. Nuestro tiempo en la tierra es fugaz. Se agota rápidamente. Si, en el tiempo que se nos da, lo apostamos todo a cosas superficiales e fútiles, no tendremos espacio para las cosas decisivas, las que dan sentido a todo. Sin darnos cuenta, el tiempo del que disponemos se agota, la puerta se cierra y terminamos sin vivir de verdad. ¿Cómo empleamos el tiempo que Dios nos da? ¿Invertimos en decisiones que nos llenan? ¿Buscamos a cada momento llenar nuestras vidas de sentido, esforzándonos por cumplir el plan que Dios tiene para nosotros?

+En la parábola de Jesús, hay personas, venidas «de oriente y occidente, del norte y del sur», que tienen acceso al banquete; y hay otras que creían tener garantizado el acceso, quizás incluso un lugar destacado, pero no pueden entrar en la sala donde se celebra. Según Jesús, sentarse a la mesa del Reino de Dios no depende de derechos adquiridos por nacimiento ni de ningún acto formal de adhesión a una institución; sino de una **decisión personal por Jesús** y de su propuesta: una decisión tomada sin vacilar, renovada cada día, confirmada a cada paso. Según Jesús, puede haber personas que se sientan a la mesa eucarística, que escuchan la Palabra de Jesús cada domingo, que tienen todos sus papeles en regla desde el punto de vista de la membresía institucional en la Iglesia, que incluso ocupan un puesto destacado en la comunidad eclesial, pero que no se han tomado la molestia de "entrar por la puerta estrecha" y que no tendrán un lugar en la mesa del Reino de Dios. A estos, el "dueño de la casa" les dirá: "No sé de dónde son". ¿Cómo vemos esto? ¿Cómo nos afecta personalmente? ¿Cumplimos los criterios necesarios para ser admitidos en el banquete del Reino de Dios?

+El Evangelio de este domingo termina con un proverbio "incómodo", pronunciado por Jesús, que nos interpela y nos hace pensar: *"Hay últimos que serán primeros, y hay primeros que serán últimos"*. ¿Qué dice Jesús? Quizás dice que hay teólogos que escriben tratados elevados sobre Dios, pero que nunca se comunican con Dios ni se abren a sus llamados; y que hay creyentes sencillos e iletrados que no saben hablar de Dios, pero dialogan con Él con la confianza de niños que se sienten queridos y amados. Quizás Jesús está diciendo que hay predicadores y maestros de moral que exigen a los demás el cumplimiento de una larga lista de prácticas y valores éticos, pero no se sienten obligados a vivir de acuerdo con estos valores; y que hay hombres y mujeres humildes que no saben justificar lo que creen, pero que escuchan la voz de su conciencia y actúan en consecuencia. Quizás Jesús está diciendo que hay creyentes muy preocupados por cumplir «la doctrina» y vivir según las leyes de la Iglesia, pero que se alejan del Evangelio; y que hay cristianos incapaces de explicar las verdades de la fe, pero que buscan sinceramente vivir según la verdad de Dios... Sí, a veces los «primeros» del mundo no son los «primeros» en Dios; y los «primeros» de Dios no son los «primeros» del mundo. ¿En cuál de estos grupos encajamos?